

zada por cuatro jóvenes que se fotografiaron en el zoco Hamidia de Damasco vestidas de novia y con un cartel pidiendo el fin de la represión en Siria. Las activistas fueron arrestadas inmediatamente. Rima Dali, una de las promotoras de la iniciativa, ya había sido detenida anteriormente por la campaña «Detened los asesinatos: queremos construir una Siria para todos los sirios».⁵

A medida que la represión ha ido en aumento, mujeres de todo el país se han ido sumando también a las filas del Ejército Sirio Libre, aunque su presencia es minoritaria en la lucha armada. Mujeres como la que entrevistó el activista Rami Jarrah (conocido como Alexander Page) en Idlib. «Cuando le pregunté si tenía miedo de luchar», cuenta Jarrah, «mencionó que había perdido a su hijo y sonrió, dejando claro que ya nada podía asustarla».⁶

También ha habido voces de protesta ante los intentos de apartar a las mujeres de los peligros de las manifestaciones. «¡Mi vida no es más valiosa que la tuya!», le gritó Yafra, activista damasquina, a los compañeros que intentaban protegerla de las balas en una manifestación en el barrio del Baramke. En una entrevista al diario *Al Hayat* Yafra añade (pueden leerse los testimonios en español en el blog Traducciones de la Revolución):

*Muchos jóvenes me impiden estar en algunos sitios o hacer algunas cosas porque soy una chica. Me dicen: No vayas con nosotros a la manifestación de Zabadani porque la situación es peligrosa, no entres en el contrabando de bolsas de sangre porque es un riesgo. ¡Como si fuéramos a las manifestaciones a divertirnos! Y a menudo llaman a «las libres» a echarse a un lado en las procesiones de los funerales y en las grandes manifestaciones».*⁷

Los ejemplos son incontables y la participación de las mujeres transversal a la lucha que se libra en Siria contra la dictadura. Conocer a las mujeres sirias y su implicación por una sociedad mejor para su país pasa por escuchar sus voces, cada vez más accesibles a través de los distintos canales y plataformas de Internet, donde no están todas pero sí muchas. A través de estos canales ellas se cuentan a sí mismas mientras narran momentos cruciales para su país. Voces como la de la activista Dahia, de Damasco:

No tengo miedo de que me detengan o me golpeen con las porras o con las manos, ni siquiera si lo hacen con descargas eléctricas. Ya lo he probado todo, pero tengo mucho miedo de ser violada. Aún así, el riesgo merece la pena, mi voz ahora garantiza mi lugar en la Siria del futuro.

5. <http://es.globalvoicesonline.org/2012/04/09/siria-detienen-en-damasco-a-la-activista-rima-dali-por-pedir-el-fin-de-la-matanza/>.

6. https://fbcdn-sphotos-e-a.akamaihd.net/hphotos-ak-prn1/523338_10151234258352873_643054744_n.jpg, fuente: Rami Jarrah en Facebook.

7. <http://traduccionsiria.blogspot.com.es/2012/03/activistas-sirias-se-rebelan-contra-la.html>

Miradas sobre las revoluciones árabes*

Las ficciones son atemporales. Parán el instante fugitivo del presente, lo concentran en un momento de eternidad. A continuación presentamos cuatro pequeños relatos, historias que reflejan el sentir de diversas mujeres frente a una nueva situación y que nos transportan al corazón de la Revolución Árabe. Estas no son más que historias minúsculas, fuera de los jaleos de los medios, pero son el fuego que comete la osadía de aquello que la literatura permite: descubrir verdades silenciosas.

* Agradecemos a Behja Traversac de la editorial Chèvre-feuille étoilée que nos haya cedido estos textos que forman parte de la obra *Histoires minuscules des révolutions arabes* (Wassyla Tamzali, Montpellier, 2012).

Le descoso los labios

Hyam Yared. Escritora, Líbano

La pérdida de empatía, la indiferencia y la reciprocidad del mal son las características del pueblo libanés frente al drama sirio, algo que avergüenza a la autora de esta profunda reflexión sobre la humanidad.

El infierno no es una profecía. Los demonios están en la tierra. ¿Cómo no escribir cuando lo abyecto es indecible? ¿Cómo no describir la atrocidad de un mundo que ha perdido el sentido? Muñones por doquier, cuerpos descuartizados e insensibilidad. Pienso en la sociedad civil libanesa, que —aparte de los intelectuales libaneses activos en favor de la causa de la revolución árabe siria—, aún conmovida por el reinado del terror sirio del que fue víctima durante más de treinta años, permanece insensible ante las matanzas que se tramán en sus fronteras y se niega a comprometerse en el proceso en defensa de la humanidad y la libertad con otra cosa que no sea un silencio que dice muchas cosas. Demasiadas. Toda persona que calla es un demonio silencioso.

Este país, que aspira a convertir la pluralidad de su modelo parlamentario de democracia confesional en un ejemplo para el mundo árabe, solo es capaz de hacer frente a las revoluciones con el miedo al otro. El otro es un ser borroso, vago e indefinido. Es distinto. El otro, ya sea activista, laico, fundamentalista, moderado o comprometido, suscita el repliegue en nosotros mismos. Me avergüenzo de nosotros, los libaneses, deseosos de no vernos afectados por las consecuencias que las revoluciones pueden tener en la rutina de nuestras comodidades individualistas y colectivas, ya que, como dirán algunos: «Nosotros ya hemos pasado lo nuestro.» Porque, en realidad, tenemos mucho más miedo de nosotros mismos que del otro. Porque, al final, no tenemos ni idea de la libertad de la que alardea nuestra pluralidad. Basta con preguntar a algunas personas en las cenas de sociedad, que están en pleno auge mientras a nuestras puertas sopla un sangriento viento de libertad, para entender con qué indiferencia miramos cómo mueren nuestros vecinos por unos valores de los que, a la manera de Poncio Pilatos, nos desentendemos.

«Que cada cual se arranque la espina solo» es la expresión popular árabe que oigo en boca de mu-

chos. O: «Nadie se preocupaba del Líbano cuando este se doblegaba bajo el yugo del régimen sirio y nuestros jóvenes desaparecían. No voy a llorar por lo que está sucediendo en Siria.» La reciprocidad del mal, del dolor, de la insensibilidad es una demagogia despreciable. Me avergüenzo de nosotros, los libaneses, que conocemos el dolor de la pérdida, las fosas comunes, la desaparición, la vida entre grietas provocadas por los obuses, la tortura, el yugo del régimen de Assad; me avergüenzo de la pobreza mental que demostramos al pensar que el dolor, del tipo que sea y cualquiera que sea su atrocidad, puede justificar, a ojos de algunos, el hermetismo ante la opresión del prójimo.

Todos los pueblos son hermanos, y la humillación de una sola persona implica la humillación de toda la humanidad. El infierno no es el otro, sino la pérdida de empatía. Todos somos culpables de crímenes contra la humanidad si no cumplimos con nuestro deber de cultivar, a través de la solidaridad, el respeto al otro y, por lo tanto, a nosotros mismos. Todos los días mueren civiles sirios, por no hablar de los que desaparecen. Todos los días la sociedad civil siria recuerda a los libaneses los maltratos que ellos mismos sufrieron, y mientras tanto el Líbano, en vez de darse cuenta de que nuestro futuro depende del umbral de democracia del país vecino, mira hacia otro lado. ¿Hasta qué grado de sordera hermética, justificada por el temor al posible ascenso de los fundamentalismos —¿y si ese miedo procediera de nuestro propio fundamentalismo reprimido?—, empujaremos al mundo, arrastrando así a nuestras civilizaciones hacia su propia decadencia? Porque sin una cultura del vínculo, ¿qué *mundialidad* —que es el término preferido por Glissant para designar la mundialización— sería posible aparte de la de un gigantesco fracaso —metáfora de un mundo fracturado. Más allá de las naciones, todo ser debe atravesar su propia piel para ir al encuentro de quien, como él, reivindica el derecho a no sufrir.

Miro a mi ciudad con el corazón roto. Tras treinta años de guerra, su primera reacción es un mutismo sellado por traumatismos y neurosis. Me avergüenzo de ella y hablo en su nombre, le descoso los labios, le meto palabras en la boca, una boca que ya no sabe gritar. Perdonadla si no consigue hablar. Beirut está alienada por su incapacidad para apreciar otros valores que no sean el de su confort falsamente plural, mercantil y precario.

Pido perdón al pueblo sirio, que ha revaluado el significado del respeto a las libertades, situando el listón muy alto en quienes, no teniendo nada que perder, ofrecen su vida como sacrificio. Beirut está encerrada en el egocentrismo de su dolor. Envidia a los pueblos capaces de luchar por unos valores que ya no puede recordar. Hablo en nombre de Beirut la silenciosa, le descoso los labios, le meto unas palabras en su garganta seca, pero no sale nada. El verbo ha muerto, se derrumbó de repente en la nada del

cuerpo de Hamzi, de 13 años, asesinado y castrado. Tal vez castrado primero.

Hago un llamamiento a las madres para que se imaginen el infierno en la piel de un niño y me digan si Dios —lo que queda de Él— pudo salir indemne de ese cuerpo. Beirut, apelo a la misericordia de los que te señalan con el dedo, ya que tu negación me afecta a mí puesto que nos implica a todos. No quiero ser partícipe de tu silencio. La esperanza no ha muerto; vaga, amnésica, por las calles de Homs, Hama, Deraa, como un viejo loco que busca de qué quejarse. Rodeadas por todos lados por la abyección y el crimen, las palabras han huido de la lengua. Beirut, te escribo con mi vergüenza enroscada entre los dedos. Tejo el silencio con el infierno mientras la esperanza, exangüe, cita a Hölderlin a modo de estribillo: «Donde crece el peligro ¡crece también lo que salva!»

Beirut, octubre de 2011

Jihed

Lina Ben Mhenni. Activista de Internet y bloguera, Túnez

El vídeo de la inmolación del joven de Sidi Bouzid fue lo que llevó a Jihed, retirado por completo de la vida política y asociativa de su país, a abrazar de nuevo el compromiso político y convertirse en otro mártir de la libertad.

Estaba harto de toda esa propaganda que se hacía en torno al personaje del dictador. Ya no aguantaba más esos feos carteles que cubrían todas las paredes de la ciudad. Ese rostro horrible con su sonrisa hipócrita estaba por todas partes. Pero aun así, Jihed, el joven estudiante, optó por retirarse de la vida política y asociativa de su país cuando le expulsaron de todas las universidades tunecinas debido a sus actividades en la Unión General de Estudiantes Tunecinos, una práctica muy habitual en la época de Ben Ali. Una práctica que al mismo tiempo consolidaba la instauración del Observatorio de la Juventud, el Año Nacional del Diálogo con los Jóvenes y el Año Internacional de la Juventud, promovido por Túnez...

Llegaron a arrestarle y encarcelarle con falsos cargos y acusaciones amañadas. Le torturaron durante días y días sin que sus compañeros de partido movieran un solo dedo. Desde entonces decidió aislarse y no volver a participar activamente en la

vida política del país. Como joven desempleado, se pasaba el día sentado en los cafés de Túnez leyendo periódicos y libros, evitando hablar con quienes le rodeaban. Incluso abandonó el grupo de ciberactivistas con los que había llevado a cabo campañas virtuales contra la opresión del régimen y la restricción de las libertades.

Pero un solo vídeo bastó para sacarle de esa hibernación. No creía lo que estaba oyendo cuando recibió una llamada de uno de sus antiguos camaradas para informarle de la inmolación de un joven de Sidi Bouzid, que se había prendido fuego después de que la policía municipal le confiscara el carro de vendedor ambulante. Jihed se apresuró a dirigirse al cibercafé más cercano y entró en Facebook... La noticia era totalmente cierta. Cuando vio el vídeo del incidente, grabado con la cámara del móvil de uno de los testigos de la escena y publicado al instante en Facebook, no se pudo aguantar y dos lágrimas